

hace de ella, exclusivamente, un punto de salida para la contemplación del yo, como en «Árbol de soledad» (*Fin de un amor*, 1949). El poeta se encierra en su mundo, simbolizado por un *jardín interior* cuyo concepto desarrolla en la obra. «La poesía —explica su actitud—, ya sea exterior o profunda, es mi principal fuente de conocimiento. Me enseña el mundo y en ella aprendo a conocerme a mí mismo. Por eso el poeta no tiene nunca nada nuevo que decir. La poesía es reveladora de lo que ya sabemos y olvidamos. Sirve para rescatar el tiempo perdido, para levantar el ánimo, para tener alma completa, y no fugaces momentos de vida. En ella ensayamos la muerte, más que con el sueño. Ella nos libera de lo circunstancial, de lo transitorio».

Para Emilio Prados la experiencia americana significa también el penetrar dentro de sí mismo, estando el poeta condenado a la vida solitaria. «¿Tengo amigos?», leemos en sus cartas. «Sé bien que no. Tengo gentes que me quieren, que me consideran, que me miran como a un extraño. Pero personas de las nuestras, ninguna». La soledad es esencia de su vida americana:

Me pierdo en mi soledad  
y en ella misma me encuentro,  
que estoy tan preso en mí mismo  
como en la fruta está el hueso.  
(*Tres canciones*, III)

Es también el único descubrimiento que el poeta realiza en América: «En estos veinte años (...) me fui encerrando en mí mismo y así fui descubriendo un mundo desconocido que me habitaba...». El constante recuerdo de España vive dentro de él y le impide desarraigarse y aceptar otra realidad: «...a los veinte años de ausencia... vivo en España, con, en, por, sin, sobre, tras de España. Y me moriré si es que me muero». Esta actitud hace de Emilio Prados una de las figuras más trágicas del exilio español. «Prados era uno de esos andaluces», dice Carlos Sampelayo, «que no pierden el acento. (...) Como todos, cantó a la ausencia, en versos serios»<sup>23</sup>.

## La soledad

Yo no soy para estar solo.  
Pienso de pronto que sí,  
y pienso que no, de pronto.

(**Rafael Alberti**, *Canción 18*)

La soledad que experimentan los poetas españoles en América se manifiesta en su poesía de maneras muy distintas. En Emilio Prados y en Manuel Altolaguirre, como hemos dicho, en la angustiosa ausencia de España.

<sup>23</sup> Carlos Sampelayo: *Los que no volvieron*, [Barcelona: *Libros de la Frontera*, 1975], pág. 86.

En Rafael Alberti, en la desesperación frente al mar que trae recuerdos dolorosos, como en «¡Qué solo estoy!» (*Poemas de Punta del Este*), o en el deseo de hundirlos en el río del olvido de *Baladas*. En Jorge Guillén, en cambio, la soledad se alivia con el recuerdo de la patria. Cuenta Justina Ruiz de Conde: «Luchaba contra la soledad con ahínco, se agarraba a todo lo que podía ayudarle. Uno de sus mejores aliados era todo lo español. Cualquier alusión a España (...) parecía consolarle, hasta alegrarle»<sup>24</sup>. Dedicándose a la enseñanza de la literatura española en diferentes universidades norteamericanas, consigue mantener su identidad sin dejarse americanizar. En «Dafne a medias» (*Clamor, Maremágnum*) incluso ridiculiza la actitud de emigrados que rechazan su origen y pasado para integrarse enteramente en el nuevo ambiente. Jorge Guillén se refiere a su condición de desterrado con un tono optimista, exactamente gracias a su fuerte arraigo en España.

Sin embargo, parece que su testimonio poético deja una impresión falsa del aislamiento y otredad que en realidad vivió: «En los poemas escritos en Wellesley no hay constancia ni alusión alguna a la soledad americana que padeció Guillén en los EE.UU. (...) la soledad subjetiva, la deprimente, la nostálgica o enfermiza, no es tema de la poesía de *Cántico*»<sup>25</sup>, como lo es, en cierto modo, de *Poeta en Nueva York*. Lorca, desde el principio mismo de su estancia en América, alude a esta noción, incluso en los mismos títulos de dos partes del libro: «Poemas de la soledad en Columbia University e Introducción a la muerte. Poemas de la soledad en Vermont». Otredad, pues, de un español en Estados Unidos, en un ambiente tan diferente del suyo («Nadie puede darse idea de la soledad que siente allí un español, y más todavía un hombre del Sur»), pero, al mismo tiempo, aislamiento de un hombre en la civilización moderna. La hostilidad del ambiente no siempre consiste en su carácter extranjero, sino en su agresión frente al ser humano. «Porque si te caes, recuerda el poeta, serás atropellado, y si resbalas al agua arrojarán sobre ti papeles de sus meriendas. Esas son las gentes de Nueva York, las multitudes que se apoyan sobre las barandillas de los embarcaderos».

El mensaje de Lorca, «lleno de apasionado dramatismo», según las palabras de Luis Cernuda, reaparece años más tarde en la visión de Jorge Guillén, quizá menos turbador por su tono más apacible, pero igual de expresivo. El poeta «se abandona a la descripción de la metrópolis americana, de su terrible vida anónima, que fluye, colectiva, racional, especialmente nocturna. Es impresionante, por ejemplo, el sueño común de todos los cuerpos de Nueva York, (...): «Cuerpo tendido (...) Rumbo provisional hacia la nada» («Sueño común»)»<sup>26</sup>. Oreste Macrí alude también a otro poema no incluido en la antología de Ruiz de Conde en el que se concreta la visión de la

<sup>24</sup> Justina Ruiz de Conde: El cántico americano de Jorge Guillén, [Madrid: Turner, 1973], pág. 257.

<sup>25</sup> *Ibidem*.

<sup>26</sup> Oreste Macrí: La obra poética de Jorge Guillén, [Madrid: Ariel, 1976], pág. 312.

soledad del hombre amenazado por la sociedad de masas: «La masa humana encauza mansa su fuerza ruda y enorme por las calles infinitas: mal y bien unidos; signo del terrible contraste resuelto en la oposición de las rimas aza/esa»: «La masa humana se apelmaza (...) Con una amenaza de maza./ Pero no... la vida es ilesa» («Anochecer en las calles del sábado») <sup>27</sup>. La misma actitud de soledad, alienación y temor ante la fuerza destructora de la civilización, la encontramos en el citado ya poema «Hombre en la orilla» de Pedro Salinas y, sobre todo, en otro poema suyo, «Cero» (*Todo más claro y otros poemas*): terrible visión del naufragio total.

De entre las diferentes formas de experimentar y reflejar poéticamente las soledades americanas, hay una, común en varios poetas: la soledad de la lengua.

Mucho me duele que no viva  
Mi lenguaje a mi alrededor,  
Mucho sufre el tiempo interior  
Ante su muda perspectiva.  
(Jorge Guillén, *Desterrado*)

Junto con el angustioso recuerdo de la patria y la desolación en el nuevo ambiente, el reencuentro con la lengua es otro rasgo que influye considerablemente la percepción de América en los poetas de la generación del 27.

## La lengua

Hermanos, los que estáis en la lejanía  
tras las aguas inmensas, los cercanos  
de mi España natal, todos hermanos  
porque habláis esta lengua que es la mía.

(Dámaso Alonso: *Hermanos*)

«Seguramente los que llegamos a América fuimos los más felices. Nos encontramos con un idioma vivo, con nuestro español de mil aderezos lingüísticos, la maravilla que nos permitía entendernos», recuerda María Teresa de León la ventaja de radicarse en el otro continente. Sin embargo, sólo en el ámbito hispano, ya que la vida en Estados Unidos significaba experiencias totalmente diferentes.

Para Pedro Salinas, el idioma se convirtió en una señal de identidad. En el prefacio a su último libro de poemas, el poeta dijo: «Se escribieron (...) lejos de mi país, cada vez más mío en mi querer y sueño, viviendo en las hospitalarias tierras de los Estados Unidos, abrazado a mi idioma como a incomparable bien». La lengua materna llegó a simbolizar la patria, sustituirla de alguna forma cuando no hubo esperanza de recuperarla. Salinas

<sup>27</sup> Ibidem.

«nunca volvería a su tierra natal, por la que siempre guardó un inmenso amor. La soledad de lengua, sobre todo, le dolía terriblemente, hasta el punto que con alguna frecuencia viajó a Hispanoamérica, afanoso de sentirse en un ambiente de habla hispana»<sup>28</sup>. La expatriación lingüística, tanto más grave para un escritor, dejó además profundas huellas en su personalidad: «Se sentía doblemente desterrado (como decía en una carta a un amigo en Buenos Aires) al residir en un país de otra lengua»<sup>29</sup>, aunque no fue su caso el de resistirse a aprender inglés...

En la isla de Puerto Rico, en la universidad a la cual se incorporó en 1943, experimentó Pedro Salinas el redescubrimiento de su lengua, la sensación de recuperarla, de dejar de ser un *desterrado* para pasar a ser un *transterrado*, y en su famoso discurso expresó «la emoción sentida, después de varios años de residencia en país de habla inglesa, al encontrarse en un aire, digámoslo así, en un aire lingüístico español». A continuación, explicó de forma entrañable la importancia de la lengua para el hombre: «Cuando se siente uno rodeado de su mismo aire lingüístico, de nuestra misma manera de hablar, ocurre en nuestro ánimo un cambio análogo al de la respiración pulmonar; tomamos de la atmósfera algo, invisible, que adentramos en nuestro ser, que se nos entra en nuestra persona y cumple en ella una función vivificadora, que nos ayuda a seguir viviendo».

Para Luis Cernuda, el redescubrimiento de la lengua fue más sorprendente. Durante todos los años del exilio en los países de habla inglesa, nunca había sentido la falta de su propio idioma tan fuertemente como los demás poetas; la experiencia le parecía incluso interesante y enriquecedora. Sin embargo, el reencuentro del ámbito lingüístico español provocó en él un cambio radical de actitud, manifestado, entre otros textos, en *Variaciones*:

—Tras de cruzar la frontera, al oír tu lengua, que tantos años no habías oído hablar en torno, ¿qué sentiste?

—Sentí cómo sin interrupción continuaba mi vida en ella por el mundo exterior, ya que por el interior no había dejado de sonar en mí todos aquellos años.

(*La lengua*)

Al darse cuenta el poeta de la soledad de la lengua en la que estuvo viviendo desde la salida de España, se vio acechado también por todas las demás formas de la soledad americana. La vida en los Estados Unidos se le hizo imposible; de ahí que decidiera mudarse definitivamente a México, país familiar por la lengua a la cual le rindió homenaje poético:

¿Cómo no sentir orgullo al escuchar hablada nuestra lengua, eco fiel de ella y al mismo tiempo expresión autónoma, por otros pueblos al otro lado del mundo? Ellos, a sabiendas o no, quiéranlo o no, con esos mismos signos de su alma, que son las palabras, mantienen vivo el destino de nuestro país, y habrían de mantenerlo aún después que él dejara de existir. Al lado de este destino, cuán estrecho, cuán percedero parecen los de las otras lenguas. Y qué gratitud no puede sentir el artesano oscuro,

<sup>28</sup> Olga Costa Viva: Pedro Salinas frente a la realidad, [Madrid: Alfaguara, 1969], pág. 18.

<sup>29</sup> Juan Marichal: «Pedro Salinas y su Contemplado», prólogo a: Pedro Salinas: El Contemplado. Tema con variaciones, [San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1959], pág. XII.

vivo en ti, de esta lengua hoy tuya, a quienes cuatro siglos atrás, con la pluma y la espada, ganaron para ella destino universal. Porque el poeta no puede conseguir para su lengua ese destino si no le asiste el héroe, ni éste si no le asiste el poeta. (*La lengua*)

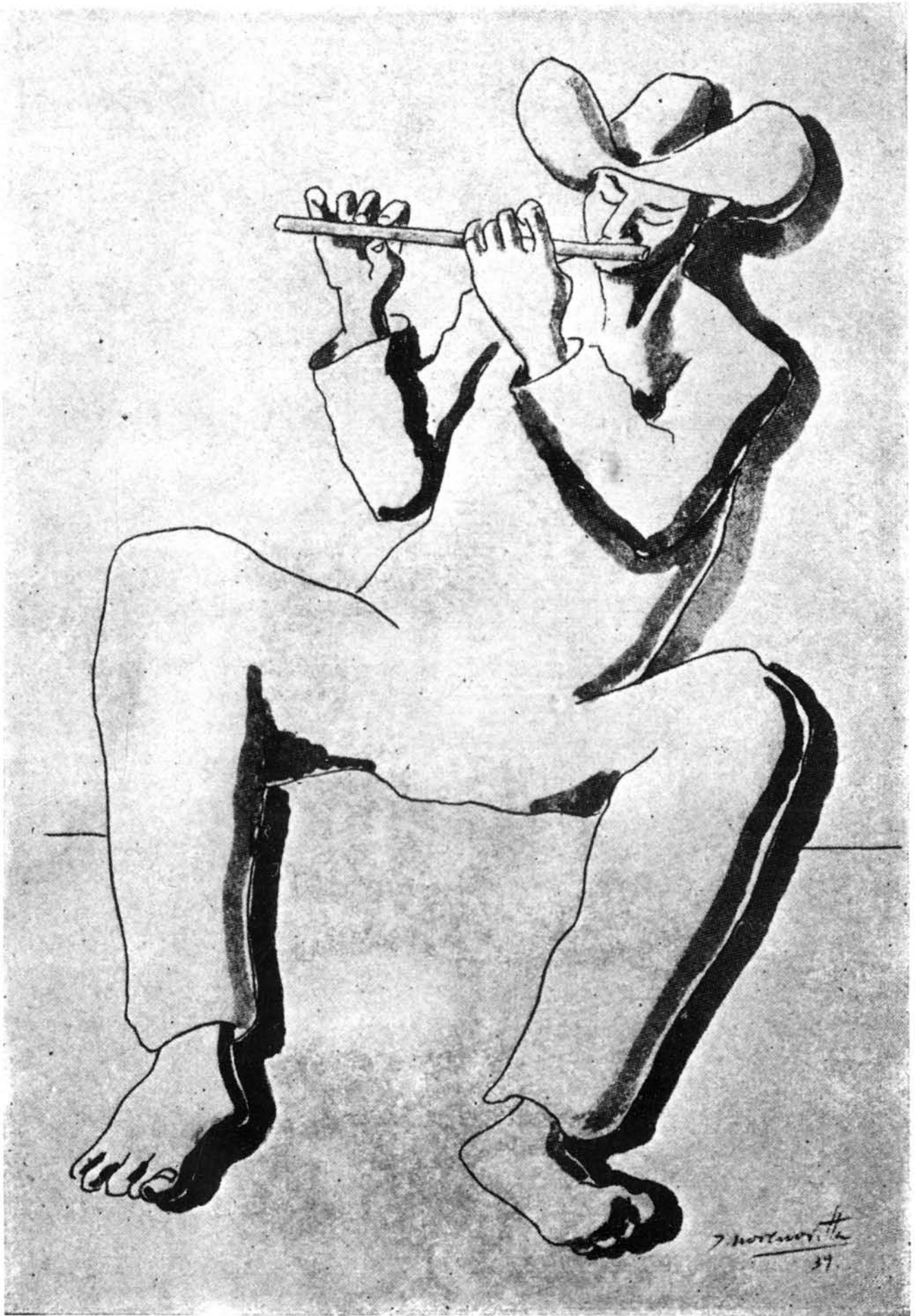
La lengua aparece, pues, como otro de los elementos que marcan el abismo entre el mundo norte y el hispanoamericano, presente en la obra de casi todos los poetas aquí estudiados. El abismo que divide en dos grupos definitivos la multitud de temas y sus enfoques que se hace ver en la poesía americana de la generación del 27 que rindió homenaje a su tierra de acogida, a ese *mundo siempre nuevo*.

## Aleksandra Hadzelek



Entre otros, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Ernesto Giménez Caballero, Dámaso Alonso, Ramón Carande... (Alcalá de Henares, 1976, durante la entrega del Premio Cervantes a Jorge Guillén)





José Moreno Villa: *Dibujo* (1939)